

CAPITULO UNO FINAL

Tal cual lo convenido, los cuatro chicos se encontraron en la plaza principal de Cabo Frío, para intentar resolver el misterio del mensaje del espejo. Las chicas habían llegado en bicicleta. Alicia había llevado un termo con un mate, y Wendy unos bizcochos que vendía su madre en la panadería. Ninguna de las amigas quería admitirlo, pero presentían que estaban frente a una especie de cita encubierta. En otras circunstancias, no hubiesen aceptado. Pero el video que les había mostrado Vladimir por whatsapp las había intrigado y querían ver si significaba algo.

Al verlas llegar, los dos chicos se pararon (estaban sentados frente a una de las mesas de cemento de la plaza) y esbozaron idénticas y bobas sonrisas.

-Hola -dijo Dionisio, tímidamente y mirando en especial a Alicia-. Pensé que no iban a venir.

-Comimos tarde -explicó Alicia apoyando su bicicleta en un viejo árbol. La aseguró con un candado de combinación y saludó a los dos varones con una seña de sus manos-. Además, ustedes no respondían los mensajes.

-Es que me quedé sin datos -se apuró a explicar Dionisio.

-Y yo uso poco y nada el celu -terció Vladimir-. Demasiado celular te mata las neuronas. Y yo las necesito para ser campeón nacional de ajedrez algún día.

-Uff, sí -se burló Wendy-. Cómo no.

-Bueno...- dijo Alicia-. Veamos ese video otra vez, a ver si podemos entender algo.

Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa y se pusieron a ver el video. La plaza estaba desierta y el día era veraniego; en el cielo no había ni una sombra de nube. Reunidos alrededor del celular, los chicos parecían coloridos monjes rezándole a algún santo dentro de una ermita. Y lo de "coloridos" no era exagerado, porque Vladimir vestía una remera roja con pantalones cortos azules; Dionisio llevaba una musculosa celeste y bermuda azul; Alicia un top blanco con pollera violeta; y Wendy, siempre atenta al movimiento ecológico, una remera larga y negra con un logo de una ONG que decía: "La naturaleza no necesita a las personas, pero las personas sí a la naturaleza".

Vladimir había anotado las (PALABRAS/LETRAS/NÚMEROS) sobre una hoja de papel. Había tachones y varias anotaciones al margen. Los cuatro amigos vieron el video una y otra vez, siempre sin llegar a conclusión alguna. Si había un mensaje allí, al parecer no tenía ningún sentido. Alicia, dándose rápidamente por vencida, comenzó a cebar mates. Mientras tanto, Wendy contó con detalles lo que había pasado en el baño, refiriéndose a lo del reflejo con vida propia y la sensación de que había alguien más con ella en el lugar. Al terminar, los varones se le quedaron viendo con la boca abierta.

-¿Y por qué no le dijiste a la profesora? -dijo por fin Dionisio.
-No sé, estaba alterada y no quería hablar con nadie. Además, tenía miedo de que me miraran como a una loca -Wendy suspiró-. Aún más todavía.
-Es una locura. Con razón te habías puesto así. Tus gritos se escucharon por toda la escuela.
-Bueno, perdón por ser tan escandalosa.
-No fue mi intención burlarme, Wendy -dijo Dionisio con sinceridad.
La chica se encogió de hombros y le cebó un mate a Vladimir.
El chico, que había escuchado pensativo el intercambio conversacional, agarró el mate sin pensarlo, y estaba llevándose la bombilla a la boca cuando de repente su cuerpo se tensó, volvió a mirar el papel y lanzó una exclamación emocionada.
-¡Creo que ya lo tengo! -dijo mirando el papel sobre la mesa-. ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Soy un estúpido!
-¿De verdad? -preguntó incrédula Wendy-. ¿Y qué es lo que dice?
-Dice, exactamente estas palabras: "AYUDA: VAYAN AL MONTE DE OMBÚES".
-¿Monte de ombúes? -se sorprendió Dionisio-. ¿Dónde rayos ves eso?
-Miren, la resolución es sencilla...
(a continuación describimos brevemente cómo Vladimir resuelve el acertijo).
Al terminar la explicación, Dionisio no podía creerlo.
-Sos un genio. Nunca se me hubiese ocurrido pensarlo así.
-Es el celular, les dije -sonrió satisfecho Vladimir-. Manténganse apartados de sus celulares, y serán tan inteligentes como yo.
-Bueno, tan inteligente no sos, porque te llevaste cuatro materias a marzo -retrucó Wendy, y tanto Dionisio como Alicia rieron al ver la cara de sorpresa que puso Vladimir.
-Y entonces, ¿qué significa eso? ¿Monte de ombúes? ¿Tiene algún significado? -preguntó al cabo de un rato Alicia, manoseando el trozo de papel.
-Eso, de momento, es lo que menos me preocupa -intervino Dionisio. Ante la mirada inquisitiva de los demás, explicó:- Es decir, ¿quién puso ese mensaje? ¿En qué momento? En el video se ve claramente que se forma solo. ¿Se trata de un fenómeno paranormal? ¿O, por el contrario, algo que puede ser explicado por la física? Ustedes saben que me encantan estos temas. Con solo hablar de fantasmas, seres de otras dimensiones, ovnis, abducciones... ¡se me pone la piel de gallina!
-Ay, sí, ¡a mí también me encanta! -intervino Alicia.
-Y además, no nos olvidemos de la otra parte del mensaje del espejo -Dionisio parecía a punto de explotar por la emoción-. Ese ("Ayuda"- "Ayúdenme")... Es raro, ¿no? ¿Y si hay una especie de cárcel en el bosque, o gente perdida? O, peor aun: ¿y si es el truco de una entidad maligna?

-Creo que, antes de ponernos a formular teorías disparatadas, podemos investigar un poco más -propuso Wendy.

-¿Investigar? -Vladimir parpadeaba, aún aturdido por el anterior retuque de la chica-. No sabría por dónde empezar. Esta frase no significa nada.

-¡Claro que significa algo! ¡Está hablando del monte de ombúes de Valizas!

¿Es que acaso nunca lo escucharon mencionar?

Ante estas palabras, Dionisio se llevó una mano a la cabeza.

-¡Tenés razón! ¡No puedo creer que no haya pensado en eso! ¡Y yo que me declaro experto en leyendas urbanas!

-Bosque de ombúes... me suena, sí -dijo Alicia.

-A ver, un momento. Lo que ustedes están diciendo... ¿es que ese lugar existe?

-¡Sí! Y está a pocos kilómetros de acá. ¡Podemos ir en este mismo instante!

-¿Y por qué ese lugar es tan famoso?

-Bueno, porque...

Pero, antes de que Dionisio pudiese explicar la leyenda del lugar, y de paso sacar a relucir sus conocimientos en leyendas locales, un ruido detrás de unos arbustos cercanos a la mesa de cemento los sobresaltó.

Había alguien escondido. Alguien que acababa de escuchar toda la conversación y ahora, torpemente, intentaba huir hacia las calles laterales de la plaza.

2

Rápido y sereno, Dionisio se paró y fue tras el intruso.

-Dionisio, ¡no! -lo alertó Alicia pero el chico no le hizo caso y se internó entre los arbustos.

Y al rato, salió aferrando, de la solapa de la remera, a un niño que chillaba y maldecía por lo alto.

-¡Te atrapé! -dijo Dionisio.

-Es solo un chico -dijo Wendy mirando al niño de nueve o diez años que se debatía entre las manos de Dionisio, intentando escapar. Tenía el pelo cortado a flequillo y su cara angulosa parecía la de un muñeco. Pero sus ojos no eran para nada los de un muñeco, sino los de alguien que tiene una vida muy intensa y divertida. Sus rodillas estaban cubiertas de costras. Tenía una remera con la imagen de uno de los personajes de "Minecraft", aquel juego de personajes cuadrados que constituía un pasatiempo irresistible para muchos chicos. Sus championes, de un naranja flúor, contrastaban contra el césped marchito de la plaza como un par de exóticas flores en medio del desierto.

-¡Dejalo en paz! -ordenó Alicia.

-Es solo mi hermano, Salvador -aclaró Dionisio, para luego soltar al chico-. Le dije que se quedara en casa, pero es evidente que tiene una papa en la oreja.

-¡Sabés que odio quedarme solo! -protestó Salvador-. Además, te seguí porque me daba curiosidad saber a dónde ibas -miró a Alicia y luego sonrió pícaro-. ¡No sabía que tenías novia! ¡Ahora le voy a decir a mamá!

-Estás diciendo pavadas -dijo Dionisio, avergonzado-. Ni Alicia ni Wendy son mis novias. Solo estamos acá porque...

-Sí, ya sé, porque querían descifrar no sé qué enigma y ahora van a ir al Monte de ombúes. Escuché todo.

-Sos un enano metiche. Esto te va a costar caro.

-A mí me parece encantador -dijo sonriendo Alicia-. Es mucho más simpático que vos, Dionisio.

Los chicos se quedaron conversando sobre el hermano de Dionisio unos momentos más, y luego regresaron su atención al asunto del monte de ombúes.

-Podemos ir en ómnibus hasta allá. Son unos veinte minutos de viaje -explicó Wendy.

-¿Y mi bicicleta? -se inquietó Alicia mirando hacia el árbol donde la había apoyado-. Si me la roban, mi mamá me mata.

-No te preocupes, está asegurada con el candado. Además, regresaremos pronto -prometió Wendy.

-Yo voy sin problemas -dijo Vladimir-. Pero antes van a tener que explicarme por qué ese sitio es tan misterioso.

-Lo haremos durante el viaje -propuso Dionisio y luego miró a su hermano-. Vas a tener que volverte a casa, no podés venir con nosotros.

-¿Quién lo dice? -desafió Salvador.

-Yo, tu hermano mayor.

-Y yo soy tu hermano menor, y si no me llevás le cuento a mamá que anduviste saliendo del pueblo sin su permiso.

Los otros chicos, excepto Dionisio, rieron ante la osadía del pequeño. Dionisio tuvo que aceptar (bajo protestas y una amenaza de futuras reprimendas) llevarlo con él.

Fueron a la parada de ómnibus sobre la Ruta 10 y al rato pasó uno en dirección a la costa. Lo tomaron y en el camino Dionisio explicó a Vladimir y a Alicia lo que sabía del tema.

-Es un lugar supuestamente mágico, en donde si uno camina lo suficiente, se encuentra con un gran ombú, el más alto y más viejo de todos. Dice la leyenda que, si te parás debajo de él, se abre como una especie de portal que te transporta durante unos momentos hacia el pasado, hacia el recuerdo máspreciado de tu vida.

-Seguro yo vería cuando le gané la partida al campeón departamental de ajedrez, el año pasado -dijo Vladimir-. Lo destrocé. Nadie creía en mí. Deberían haberme visto.

-¿Ver a dos tipos sentados frente a un tablero durante dos horas? -se burló Wendy-. Yo paso, gracias.

-El ajedrez es más fascinante de lo que creés. Te ayuda a pensar y a ordenar los pensamientos. Si querés algún día te enseño.

-Por el momento no estoy interesada.

-Vos te lo perdés -dijo Vladimir, encogiéndose de hombros.

-¿Terminaron? -intervino Alicia-. A mí la leyenda de ese bosque de ombúes me parece muy linda. Pero me daría miedo entrar, me asustan las serpientes y las arañas.

Continuaron el viaje durante unos minutos más, hasta que Vladimir reconoció la parada e hizo detener el ómnibus. Los cinco bajaron y caminaron en dirección al balneario.

-Para llegar al monte, tenemos que llegar hasta la desembocadura del arroyo Valizas e ir en kayak o canoa -dijo Wendy.

Dionisio se detuvo al escuchar esto.

-¿Qué pasa? -Vladimir lo miró interrogante.

-Es que no me gustan los botes. No sé nadar y tengo miedo que se dé vuelta.

-A Alicia no le gustan los bichos, a vos no te gusta el agua -dijo Vladimir y miró a Wendy-. Solo quedamos vos y yo.

-Y yo -replicó Salvador que parecía el más emocionado de los cinco.

-Vos te quedas conmigo, enano - dijo Dionisio sujetándolo del cuello de su remera de "Minecraft". Vladimir retomó la conversación;

-Como decía... Wendy, quedamos solo vos y yo. ¿Venís? ¿O también tenés miedo?

-Nada de miedo. No me prejuigues. Soy más fuerte que cualquier hombre.

Siguieron caminando en dirección al balneario, hasta que llegaron a un arroyo que dividía el terreno en dos partes. No parecía muy profundo, pero sus aguas eran bastante caudalosas. Un cartel escrito a mano decía: "ALQUILER DE KAYAKS POR HORA" y luego señalaba con una flecha hacia una precaria construcción de madera a orillas del arroyo.

El dueño de aquella casilla, un hombre fornido sin remera que usaba un short azul satinado de los de la década del 80, les alquiló un kayak por una cantidad de dinero que a los chicos les pareció razonable. Se subieron a la embarcación Vladimir y Wendy, mientras Alicia, Dionisio y Salvador se quedaban en la orilla.

-Espero que esto signifique algo -dijo Dionisio-. De lo contrario, estaremos haciendo el ridículo.

-Consideralo una aventura más -replicó Vladimir-. Al menos lo intentaremos. Como decía el maestro ruso de ajedrez, Siegbert Tarrasch: "En el ajedrez, como en la vida, la mejor jugada es la que se realiza".

-Uy, pero qué pesado que sos con el ajedrez -dijo Wendy resoplando.

-Y todavía no viste lo mejor -replicó Vladimir, guiñándole un ojo.

-Buena suerte, y vuelvan pronto -les deseó Alicia-. Los estaremos esperando con unos mates.

-El agua para ese entonces va a estar fría. Pero los acepto igual -dijo Vladimir.

Y comenzó a remar en dirección a aquel enigmático Monte de ombúes, acompañado por la brava y rebelde Wendy. Salieron en silencio, surcando esa gran serpiente de agua. La tranquilidad del arroyo hizo que quedaran atrás los murmullos de sus amigos y que únicamente se escuchara el sonido relajante de los remos que entraban y salían del agua.

3

Llegaron unos diez minutos después. Arrastraron el kayak fuera del agua y luego se pararon a contemplar el bosque.

Era impresionante. Los ombúes eran grandes y retorcidos; algunos parecían manos de pálidos dedos, como los de los muertos. Se cernía sobre el lugar un silencio y una oscuridad que daba miedo. Las copas de los árboles formaban bóvedas sobre sus cabezas. Algunos pájaros, no muchos, trinaban invisibles entre el espeso follaje.

-Uy, pero qué lugar tétrico -dijo Vladimir.

-A mí me gusta -respondió Wendy desafiante-. Me gusta la penumbra y esa humedad- se agachó para señalar un hongo que crecía al pie de un gran ombú-. Y estos hongos son exquisitos.

-¡Pueden ser venenosos!

-Claro que no. Son comestibles. Y muy ricos si los hacés salteados a la provenzal.

-¿Cómo sabes eso?

-Mi abuela -explicó Wendy-. Ella me enseñó todo sobre la naturaleza, sobre las plantas y... -negó con la cabeza-. No te interesa.

-Uf, qué complicada que sos.

-Solo digo lo que pienso. No es tan complicado- dijo, y miró alrededor, hacia los bosques que parecían acecharlos en silencio -. Bien, ¿qué se supone que tenemos que hacer acá?

Vladimir se encogió de hombros.

-La verdad, no sé muy bien. El mensaje solo decía: "Ayuda; vayan al Monte de ombúes". Imagino que algo encontraremos en este lugar. Algo que... no sé, nos dé más detalles sobre lo que viste en el baño. Ese "Ayuda" sigue dándome vueltas en la cabeza. ¡Todo es tan extraño!

-Es una locura, ¿te diste cuenta? Pero, ya que estamos acá, busquemos ese “algo”, sea lo que sea.

-¿Qué te parece si nos dividimos? Vos explorás la parte norte del monte, y yo el sur.

Wendy se encogió de hombros.

-Me parece una pésima idea. Nos vamos a perder.

-Si no te alejás de la orilla, no te va a pasar nada -Vladimir la miró, de repente divertido-. ¿O acaso tenés miedo de quedarte sola?

-Pfff, crecí en lugares como éste, un monte no me va a asustar.

-Está bien. Nos encontramos en una rato, ¿dale?

Wendy estuvo de acuerdo, y fue así como se separaron en el monte; la chica tomando la dirección norte, y Vladimir yendo hacia el sur.

¿A quién desearías acompañar durante el viaje?

A Wendy

A Vladimir